

Después de tanto tiempo , mis padres han decidido deshacerse de algunos trastos viejos y me ofrezco a ayudarles con la limpieza.

Decido subir a revisar las cajas del desván, hay demasiados recuerdos en ellas. En una de las cajas encuentro las pertenencias de mi hermana Paula; dibujos, libros que no tuvo tiempo de leer, un viejo diario y fotos en las que aparece ella de niña siempre sonriendo.

Una muñeca de trapo escondida detrás de las cajas llama mi atención y la reconozco al instante, porque mi hermana no se separaba de ella, hasta el día en el que desapareció.

- Marcos tíralo todo, no podemos seguir atándonos al pasado y deshazte de esa muñeca antes de que tú madre la vea – me dice mi padre.

Sin hacer caso lo meto todo en el maletero del coche y me lo llevo a mi casa sin ser capaz de deshacerme de los únicos recuerdos que quedan de mi hermana pequeña.

Dejo la caja en una esquina del salón y coloco la muñeca en una estantería.

- Mañana te limpiaré bien – le digo y me voy a acostarme.

De madrugada me despierta un fuerte ruido en el salón, me incorporo corriendo y salgo a comprobar que a podido ser. Enciendo la luz y me calmo al descubrir que una figura ha caído al suelo junto con la muñeca, seguramente al colocarla la puse muy a la orilla. Recojo los pedazos rotos de la figura y siento a la muñeca en el sofá.

A la mañana siguiente, al salir de mi cuarto me sorprende al no encontrar a la muñeca en el comedor. Me quedo muy atento al escuchar los cajones de la cocina cerrarse, me acerco de puntillas para no hacer ruido, asomo la cabeza por el marco de la puerta, me sobresalto al ver la muñeca sobre la encimera y la cafetera puesta.

- ¿Cómo ha llegado hasta ahí? – me preguntó en un susurro.
- Piensas quedarte toda la mañana ahí o vas a entrar a desayunar – me relajo al escuchar la voz de mi novia a la que veo en ese momento y me

siento estúpido por pensar que la muñeca había puesto la cafetera ella solita.

- No me avisaste de que venías – le digo sorprendido.
- Entonces no habría sido una sorpresa – me sonrío - ¿Cómo te fue ayer con tus padres?
- Muchos trastos acumulados a lo largo de los años, fue un no parar.
- Espero que no te trajeras todos los trastos, ya he visto la caja en el salón y la muñequita.
- Solo me traje eso, mi padre quería que lo tirará, pero son las cosas de mi hermana. No puedo simplemente hacer como si nunca hubiera existido, que es lo que parece que ellos intentan.
- Marcos no seas egoísta, tus padres tienen derecho a seguir con sus vidas y dudo que intenten olvidarse de Paula, pero ya han sufrido bastante – Me mira seriamente y sin querer seguir con este tema cambia la conversación.

Al terminar de desayunar, Noemí se va corriendo alegando que llega tarde a su cita de manicura. Yo en cambio lleno un barreño con agua y sumerjo a la muñeca que desde luego habrá visto tiempos mejores, mientras la dejo a remojo para que tire toda la suciedad, cojo el diario de mi hermana y empiezo a leerlo con un poco de dificultad debido a su letra infantil.

«Querido diario, hoy hemos ido al mercado con la vecina. He visto una muñeca de trapo muy bonita en uno de los puestos y mamá me la ha comprado. Me he puesto muy feliz porque solo me regalan muñecas en mi cumpleaños y hoy no es. Creo que la llamaré Mía».

Cierro el diario y por un segundo tengo la absurda sensación de que el nombre no lo había elegido ella, sino que ya lo tenía.

Al terminar el día, Mía ya estaba seca y lucía mucho mejor, al menos se apreciaban bien sus verdaderos colores. El azul del vestido apareció con más claridad de la que esperaba, era un tono apagado pero aún reconocible decorado con pequeñas flores naranjas, la tela del cuerpo seguía siendo beige, aunque ahora más uniforme, sin la suciedad acumulada del tiempo.

El pelo, hecho de lana amarilla, caía en mechones irregulares a ambos lados de la cara, no era un color brillante, sino apagado, como si hubiera perdido intensidad con los años.

Lo que más llama mi atención son sus ojos, uno negro opaco de algún tipo de resina seguramente y el otro un botón azul.

Al cogerla, la tela esta fría por el agua, como era de esperar, pero hay algo extraño en la sensación, una temperatura constante, como si no perteneciera del todo al ambiente.

Bajo la mirada hacia el vestido mientras se lo acomodo, entre las costuras, ahora más visibles, veo algo que antes había pasado por alto, un nombre bordado en hilo rojo brillante, ligeramente torcido, como si hubiera sido hecho de prisa: Mía.

La siento en la estantería del salón, durante unos segundos me quedo observándola en silencio.

Intento convencerme de que toda esa sensación extraña viene simplemente del cansancio y de haber pasado el día removiendo recuerdos que llevaba años evitando.

Voy a mi habitación y me dejo caer sobre la cama, cierro los ojos, pero el sueño tarda en llegar.

No dejo de pensar en Paula, en su desaparición, en cómo un día simplemente dejó de estar. Dejando ese vacío extraño que nunca terminó de irse del todo.

Doy media vuelta en la cama y miro hacia la puerta entreabierta de la habitación, desde allí alcanzo a ver parte del salón a oscuras y la silueta de Mía sentada en la estantería.

Trago saliva y aparto la mirada.

- Solo es una muñeca – murmuró.

Finalmente cierro los ojos.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que un ruido me despierta de golpe. Un sonido suave, como si alguien o algo se estuviera arrastrando por el suelo lentamente.

A pesar del calor me tapo hasta la cabeza, me doy la vuelta e intento dormir de nuevo.

- Marcos despierta – me llama Noemí mientras me acaricia suavemente el hombro.

Me incorporo y veo a Mía encima del escritorio, mirándome fijamente.

- ¿Por qué has puesto ahí a la muñeca? – le pregunto sobresaltado.
- Estaba tirada en el suelo de la habitación, la he recogido para no tropezar con ella – me contesta.

Salgo de la habitación y miro a la estantería donde la dejé, ahora solo queda otra figura decapitada. Empiezo a pensar que no fue el aire, pero no me atrevo a decirlo en voz alta.

A lo largo del día vigilo a Mía, creo que me estoy volviendo un poco paranoico estoy al pendiente de lo que puede hacer una muñeca que es básicamente nada y decido seguir leyendo el diario de Paula. Voy pasando las páginas hasta que una de ellas llama mi atención.

«Querido diario, hoy he estado jugando con Mía lo pasamos muy bien juntas, pero creo que no le ha gustado que le enseñe las otras muñecas».

En la siguiente página leo solo una frase:

«Mia ha roto todas mis muñecas, quiere que solo juegue con ella».

Ahí comprendo porque se dedica a romper las figuras, quiere ser la única. Lo pienso y me parece ridículo solo es un trapo mal cosido.

Cierro el diario y enciendo la televisión para intentar distraerme, pero mi mirada siempre vuelve a la estantería donde se encuentra Mía totalmente inmóvil.

Apago la tele y me dirijo a la cocina para preparar algo de cena, entonces la escucho, una voz muy baja casi un susurro, al principio creo que viene de la calle pero su origen proviene del salón.

Me quedo completamente quieto, conteniendo la respiración.

- Paula – la llamo bajito.

Un escalofrío me recorre la espalda y me giro lentamente hacia la estantería, Mía sigue allí sentada, mirándome fijamente.

- Necesito descansar – me digo.

La noche transcurre de manera normal, sin embargo estoy alerta a cualquier sonido mientras leo el diario de mi hermana que me hace sentirme más cerca de ella.

«Querido diario, hoy mamá me ha quitado a Mía y luego se ha enfadado muchísimo cuando ha encontrado los platos rotos».

De pronto mi nombre aparece en una de las páginas y me sorprende.

«Mía dice que Marcos rompe las cosas y luego le echa las culpas a los demás, como cuando se le descosió el ojo por su culpa, pero mamá la arreglo cosiéndole un botón».

A la mañana siguiente me levanto al escuchar la puerta de la calle abrirse.

- ¿Estás bien?, tienes mala cara – me dice Noemí cuando me abraza.
- He dormido fatal esta noche – le respondo antes de besarla.
- Creo que no estás llevando de la mejor manera haber encontrado las cosas de Paula, que toda esta situación te ha abierto una herida que creías cerrada – me mira fijamente – Si quieres puedo quedarme a pasar unos días.

Acepto sin pensarlo, todo lo que sea pasar más tiempo con ella me parece genial y esa misma tarde se instala en casa.

- No deberías torturarte leyendo su diario – me comenta mientras estamos en el sofá.
- Así me siento más cerca de ella, tal vez pueda decirme porque desapareció de la noche a la mañana.
- Sinceramente no creo que sirva de mucho – se calla y mira fijamente la estantería donde sigue Mía.

No le pregunto que le pasa, en vez de eso yo también la observo, es como si la muñeca se hubiera puesto alerta al escucharnos hablar de Paula y juraría que no es la primera vez que lo hace.

El resto del día me lo paso con mi novia e intento olvidarme del diario y de Mía, por la noche por fin puedo descansar, tener a Noemí a mí lado me ayuda a bajar la guardia y poder dormir profundamente.

De madrugada me despierto, Noemí no está en la cama y salgo a buscarla. La encuentro en el salón, mirando a la estantería.

- ¿Qué haces? – le pregunto intentando no asustarla, igualmente se gira sobresaltada.
- No se, juraría que he escuchado una niña llorando.

La cojo de la mano y la devuelvo a la habitación, prefiero no contarle lo de las voces que escuché el otro día, ya está nerviosa.

- Duérmete, puedes estar tranquila. Será la niña de los vecinos – le miento.

Creo que no la he convencido pero me abraza y se queda dormida, al rato me duermo yo también.

Cuando me despierto, ella ya está en la cocina con la cafetera puesta.

- ¿La has vuelto a cambiar de sitio? – me pregunta nada más entro.
- Buenos días a ti también, ¿El qué he cambiado?
- A la muñeca, ayer no estaba en ese lado de la estantería.

No la he cambiado, pero confirmarlo no es opción al menos hasta que no sepa que es real y que no, así que le miento diciéndole que si la he cambiado.

Los días van pasando y desde la llegada de Noemí todo está más tranquilo, es como si Mía la observará y noto que ella se pone nerviosa ante la presencia de la muñeca aunque no me lo reconozca.

Le han desaparecido algunas cosas y otras han aparecido rotas. Intenta justificarlo pero yo sé quién a sido, es como si no la quisiera en la casa.

Retomo la lectura del diario, sigo convencido de que me ayudara a saber que paso con mi hermanita. De primeras salto algunas páginas a las que no le veo importancia, hasta encontrar una donde no me gusta lo que veo escrito.

«Estoy asustada, Mía no me deja abrir la puerta».

La siguiente página está arrancada Me incorporo un poco en el sofá mirando el diario con más atención.

- ¿Qué escribiste aquí peque? – murmuro.

El estómago se me encoge sin saber muy bien por qué. Sigo pasando páginas esperando encontrar alguna continuación pero el resto de hojas están en blanco.

Miro alrededor del salón casi por inercia. La sensación de que alguien me observa vuelve a aparecer.

Levanto lentamente la vista hacia la estantería, Mía sigue allí.

- ¿Qué le hiciste? – le pregunto casi sin darme cuenta.

El silencio de la casa se vuelve insoportable. En ese momento escucho un llanto ahogado, como si no quisiera ser oído.

- Noemí – me levanto y voy a la habitación pensando que puede ser ella, pero ella ni siquiera está en la casa en este momento.

El llanto vuelve a escucharse, más cerca esta vez y de repente.

- Marcos – una voz infantil me llama – ayúdame.

Esa noche no consigo dormir. Cada vez que cierro los ojos vuelvo a escuchar aquella voz.

“Ayúdame.”

A la mañana siguiente espero a que Noemí salga de casa para llamar a mi madre. Tarda varios tonos en contestar.

- ¿Marcos? – su voz suena cansada como si la hubiera despertado.

Dudo unos segundos antes de hablar.

- Mamá, ¿qué pasó realmente con Paula? – el silencio al otro lado de la línea se vuelve incómodo.
- ¿A qué viene eso ahora? – me pregunta a la defensiva.
- Estoy leyendo su diario.

Escucho cómo contiene la respiración.

- ¿Te llevaste ese diario? – se sorprende.
- A la muñeca también mamá. – Otro silencio
- Deshazte de ella.
- Papá me dijo lo mismo.
- Marcos, escúchame – su voz tiembla – hay cosas que es mejor no remover.
- ¿Por qué le arrancasteis páginas al diario? – pregunto directamente.

La respiración de mi madre se corta y entonces lo entiendo, ella sabía lo que ponía ahí.

- Mamá, ¿qué pasó?

Tarda demasiado en responder.

- Tu hermana empezó a comportarse de forma extraña después de traer esa muñeca a casa, decía que la muñeca le contaba cosas, que no la dejaba dormir – se calla y me imagino como se seca las lágrimas antes de proseguir – pensábamos que era imaginación suya, cosas de niña. Hasta aquella noche.

Trago saliva sin apartar la mirada de Mía. Sentada en la estantería.

Observándome. Mi corazón empieza a latir más rápido.

- ¿Qué noche? – la ánimo a seguir.
- La noche en la que ella se la llevó – me cuelga y me siento culpable de haberla hecho revivir el peor de sus días, debería haber ido a hablarlo personalmente no a través de la línea.

No le cuento a Noemí la conversación con mi madre, ni lo de las voces, ni el miedo que siento cada vez que miro a Mía.

Intento actuar con normalidad durante toda la tarde, pero ella se da cuenta de que algo no va bien. Apenas hablo y me cuesta apartar la mirada de la estantería.

- Me estás empezando a asustar – dice finalmente.
- No pasa nada – le respondo acariciándole el brazo.

- Claro que pasa algo – su tono ya no suena molesto, sino preocupado – desde que trajiste esa muñeca estás distinto.

No respondo. Porque sé que tiene razón.

Esa noche ninguno de los dos consigue dormir bien. El apartamento se siente raro. Como si el aire se hubiera vuelto más denso.

Estoy medio dormido cuando noto que Noemí se incorpora bruscamente a mi lado.

- ¿Has escuchado eso? – me pregunta asustada.

Abro los ojos confundido y vuelvo a escuchar ese llanto infantil, como me llama suplicándome ayuda. Noemí me aprieta el brazo con fuerza.

La voz vuelve a escucharse, esta vez más clara. El miedo me paraliza por completo, porque reconozco esa voz.

Es Paula.

Salgo corriendo al salón y Noemí me sigue sin querer quedarse sola, comprendiendo que esa primera noche la niña que escucho llorando estaba en nuestra casa, no en la del vecino como le dije.

Voy directo hacia Mía, la cojo y en ese momento cae un trozo de papel arrugado, escondido en su vestido. Noemí lo recoge y lo desdobra.

- Mía se enfadó muchísimo porque le dije a mamá que me habla por las noches, dice que Marcos también jugará con nosotras – lee con voz temblorosa.

Miro la hoja y comprendo que es la página arrancada del diario, se la quito a Noemí y terminé de leer.

- Dice que si cuento cosas me llevará con ella para siempre. La escucho aunque me tape los oídos. – leo con el corazón en un puño – Ella nunca me dejó salir.

En ese momento el salón se queda a oscuras, siento como mi novia se pega más a mí.

- Siento no haberte creído – me susurra asustada y la abrazo con fuerza.

Mi mirada se dirige lentamente hacia la estantería. El aire abandona mis pulmones. Ella también la ve o mejor dicho ve que Mía ya no está allí.

Entonces escuchamos el ruido, un arrastre lento, proveniente del pasillo.

Ninguno de los dos se atreve a hablar. El apartamento entero parece contener la respiración. Trago saliva y avanzo despacio.

Como si algo dentro de mí supiera que debería salir corriendo.

- No vayas – me dice Noemí aterrorizada.

El sonido vuelve a escucharse. Tela arrastrándose por el suelo.

El corazón me golpea tan fuerte que apenas escucho mis propios pasos. La puerta de la habitación está abierta, la empujo lentamente y me quedo paralizado.

El diario de Paula está abierto sobre la cama, varias fotografías están esparcidas por el suelo, dibujos infantiles cubren parte del colchón; es el contenido de la caja que nunca llegue a mirar.

Y sentada sobre mi almohada está Mía. Noemí suelta un pequeño jadeo a mi espalda. Entonces la muñeca cae lentamente hacia un lado, como si alguien acabara de soltarla.

El llanto de una niña rompe el silencio de la habitación. Justo detrás de nosotros.

Noemí grita y se aparta rápidamente mientras yo me giro de golpe. El pasillo está vacío, pero el llanto continúa.

Siento el corazón desbocado mientras aprieto la hoja del diario entre los dedos.

El llanto cesa de repente, el silencio que queda después es todavía peor.

Lentamente vuelvo la mirada hacia la cama, hacia Mía. La muñeca sigue allí tumbada sobre la almohada, inmóvil.

Entonces escucho una voz, tan baja que durante un segundo pienso que viene de mi cabeza.

- Marcos, ayúdame – reconozco esa voz al instante, es Paula.

Doy un paso hacia la cama incapaz de pensar en otra cosa que no sea mi hermana. Noemí intenta sujetarme del brazo.

- No te acerques a esa cosa.

Pero no puedo apartar la mirada de Mía. El ojo negro de la muñeca parece brillar ligeramente en mitad de la oscuridad.

La voz vuelve a escucharse, más débil esta vez.

- Sácame de aquí – me pide mi hermana.

Noto las lágrimas acumulándose en mis ojos, durante años imaginé miles de veces qué pudo pasarle a Paula: accidentes, secuestro e incluso llegué a pensar que pudo escaparse. Pero jamás imaginé algo así.

Noemí vuelve a tirar de mí aterrorizada.

- Marcos vámonos de aquí ahora mismo – me súplica.

Apenas la escucho, mi atención sigue clavada en la muñeca.

Entonces Mía mueve lentamente la cabeza hacia mí. Un movimiento pequeño y antinatural.

Suficiente para hacer que el aire desaparezca de mis pulmones.

Y la voz de Paula susurra por última vez:

- Ella tampoco te dejara salir.

Noemí tira de mí con fuerza hasta conseguir apartarme de la cama.

Apenas reacciono.

Siento las piernas débiles mientras ella me arrastra fuera de la habitación.

- Nos vamos ahora mismo – me dice decidida.

Asiento sin dejar de mirar hacia la puerta del dormitorio, el llanto ha desaparecido.

Todo vuelve a estar en silencio, demasiado silencio.

Noemí coge rápidamente las llaves de casa y me obliga a moverme.

Antes de salir no puedo evitar girarme una última vez hacia el pasillo.

La puerta de la habitación sigue abierta y desde la oscuridad distingo la pequeña silueta de Mía sentada sobre la cama.

Observándonos.

Noemí cierra la puerta de casa de un portazo y bajamos las escaleras casi corriendo.

Solo cuando llegamos a la calle consigo respirar un poco mejor. Ella me abraza temblando.

- Vamos a llamar a la policía, a quien haga falta – dice con la voz rota, pero apenas la escucho.

Algo roza mi mano, entre mis dedos sigo sujetando la página arrancada del diario y en la parte inferior, debajo de la última frase, hay unas palabras que antes no estaban ahí. Escritas con letra infantil, apresurada, la tinta aún está húmeda, ha sido escrita recientemente. La leo mentalmente y sé que no podré escapar, así como ella tampoco pudo.

«Ahora quiere jugar contigo»